

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

PRECIO: DOS REALES MENSUALES.

Año VII.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Barro del Campillo, núm. 15, Granada.

Núm. 34.

SUMARIO.

EL CONDE DE MOLLERUCA, por J. F.—A LA CONQUISTA DE GRANADA, poesia por F. J. C.—UN MAR SIN PUERTO, *novela*, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—LA ULTIMA NOCHE, por X.—SECCION DOCTRINAL, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL CONDE DE MOLLERUCA.

(Continuacion.)

—Mucho tarda mi padre Giafar, decia un jóven agareno; temo no haya podido penetrar en Lérida á causa de la noche.

—Conoce todas sus avenidas para estar torpe.

—Por Santiago, mi patron, la impaciencia mata.

—Calma, repuso el segundo interlocutor.

—Entendámonos, añadió el cristiano. ¿El complot ha de frustrarse por la falta de Giafar?

—Sin duda, respondieron los mahometa-

nos. Quién facilitará la puerta de Huesca á las tropas de don Ramon Berenguer?

—Yo, dijo una voz á espaldas de los conjurados.

Volvieron el rostro y se encontraron cara á cara con Osmin, el favorito; el yerno de Abengamia. Los alfanges y las dagas por un movimiento eléctrico se desnudaron, y de la sorpresa á la decision solo medió un momento.

—¡Traicion! gritaron todos, y blandieron los aceros enderredor del renegado, el cual ni se tomó el trabajo de defenderse.

—Aqui no hay sino cómplices, dijo Osmin; y sin mi cooperacion las puertas de la ciudad permanecerian cerradas á los cristianos y vosotros iriais a parar en un suplicio.

—¿Y Giafar? Preguntaron los conspiradores aterrados.

—Giafar, Ismael y Armengol de Urgel han muerto.

—¡Muertos murmuraron todos; y el espanto mas sombrío se pintó en sus rostros.

—El rey ha sido avisado por uno de los

conjurados y los tres han sido víctimas.

—Estamos perdidos dijeron todos á la vez, y se hubiesen dispersado cada uno por su lado á no haberles detenido el renegado.

—¿Que vais á hacer? ¿huir? Ya no es tiempo. La conjuracion se llevará á cabo: yo os guiare en vez de los que ya no existen.

—¿Podemos confiar con el yerno del rey?

—No debeis fiaros del visir Osmin, respondió el renegado, sino de un cristiano como vosotros. Guillen Perez de Roda, dadme la absolucion de mis pecados; vuelvo á ingresar en el seno de la iglesia, en el que nací.

El favorito del rey se arrodilló á los pies del señor de Roda, el cual no daba credito á cuanto oia. Recordaba las facciones del penitente, empero no sabia quien era.

—He sido bautizado en Urgel por vuestras manos, dijo Osmin, cuando erais confesor del conde.

—¿Gran Dios! exclamó el obispo, ¿serias acaso?

—Arnoldo de Urgel, repuso el moro y cayó en los brazos del anciano, á quien el celo conducia á mil peligros, desde los calabozos de Fraga, á los clubs de Lérida.

—Bendita sea tu providencia, Señor, suspiró Guillen al cabo de un buen rato, nos privas de un caudillo y nos devuelves la oveja perdida.

Arnoldo, hijo mio, prosiguió alzando del suelo al jóven, Dios te absuelve por mi boca de tus culpas; alabemos sus cecretos designios: aqui todos somos cristianos.

Aquella inesperada metamorfosis motivó un instante de confusion.

Pasaron algunos minutos en que los abrazos se sucedieron entre los recién convertidos y el apóstata: este fue el que desprendiéndose de de todos dijo:

—La noche pasa á prisa, y antes de amanecer deben ser dueños los fieles de estos muros.

Guillen Perez, admitid en holocausto la ciudad de Lérida, que mañana entregaré á mi señor legitimo el conde rey.

Eran las once de la noche y al bullicio de la fiesta habia sucedido el estruendo de las armas. Los faroles de los jardines estaban apagados, la luna resplandecia melancólica en la inmensidad, y las huestes se preparaban para el combate.

La hija de Aben-gamia, sola en su estancia, aguardaba á su esposo.

Cuando el renegado entró en el aposento nupcial era mas de media noche, y una nube de tristeza oscurecia la hermosa frente de la mora.

—¿Desde el anochecer, preguntó la desposada no ha tenido ocasion, ni tiempo, mi esposo y señor de visitar á su amada? ¿acaso ha resonado hoy el clarín de guerra ó la fria etiqueta le ha retenido al lado del rey? La luna brilla en su cenit, y todavia no he recibido á mi dueño.

El renegado permanecia mudo é inmóvil en el dintel de la puerta, como si no llegasen á sus oidos las palabras de Zulima.

—¿Se ha apagado el cariño en tu corazon, continuó ella, ó solo era ambicion el deseo de Osmin? El vasallo de mi padre ha logrado el objeto que anhelaba y ahora me desprecia porque le pertenezco.

—Calla, Zulima, respondió suspirando el esposo, tus quejas lastiman mis entrañas. Si, es verdad lo que dices; cierta es tu acusacion: soy un ingrato y no merezco tu amor.

En otro tiempo tus amores fueron para mi deseo como el primer alimento al recién nacido; y al defender mi brazo la existencia del rey de Lérida solo mi pensamiento se acordaba de la hermosura de su hija. ¡Oh, Zulima!

Te he amado. Dios lo sabe: no con ese anhelo del mulsulman, sino con el mas puro afecto, digno de mi primera creencia.

—¿Tu primera creencia! exclamó la mora, ¿fuiste nazareno?

Continuará

X.

A la conquista de Granada.

Lució, como la llama
del sol tras la tormenta impetuosa,
de la Alhambra en la torre poderosa
la enseña, que en los riscos
de Asturias don Pelayo
alzó con fiera mano vigorosa,
hiriendo como el rayo
al tirano invasor que irguió la frente
contra tí, Señor Dios, y con potente
voz, que impiedad encierra,
el señor se juzgó de nuestra tierra.

Brilló la santa Cruz sobre Granada
y las huestes guerreras de Castilla,
cubiertas con el polvo de la gloria,
doblaron la rodilla
al fin de la titánica jornada,
proclamándote Dios de la victoria;
y el alto Mulhacen gimió cautivo,
y la iberia escuchó su ronco acento;
y las cenizas frías
de los reyes más fieros que lucharon,
lanzando al invasor de nuestro suelo,
ardientes se animaron
y, de hinojos postrados en las huesas,
te cantaron ¡oh Dios de las batallas!
que con brazo temido
rompiste las indómitas murallas
de los bravos de Islam y al aguerrido
pueblo que de tu fé y amor se viste
de la España el poder todo volvistes:

Que el fiero Boabdil en alta cima,
enfrenando el corcel con fuerte mano,
echa lloroso la postrer mirada
sobre la rica y oriental Granada,
joya perdida de su amor liviano.
Y el sol que en Occidente
apaga de su luz la pira ardiente,
lanza á la par el postrimer reflejo
sobre las tribus de Ismael vencidas;
y cuando luzca en el cenit radiante
otra vez, en los bosques esparcidas
del África las vé confiero acento,
dando sus ayes de furor al viento,
presa el alma de loco desvario,

al cempas del fragor, con que violento
ruge en sus iras el leon bravo.

¡El pontífice grave,
que implora de Mahomed la falsa ayuda,
en dónde se escondió, que revestido
del alma luz del cielo,
el paso no atajó del rey ungido,
como en Sion Jaddeo por el suelo
postró el orgullo impío
del que venció en el Gránico á Darío,
y como en Roma de pavor cubierta,
el Sacerdote, que en virtud no oscila,
la arrogancia humilló del fiero Atila?
¡Oh Santo de Israel! en tus altares
las manos alevosas extendieron
los hijos del Islam y por aroma
la sangre te ofrecieron
de la virgen, que dice tus cantares.
Tú cubriste irritado los oídos
á las voces que en altos alminares
elevaron sus réprobos levitas;
y á su ronco clamor cundió la llama
do la ira en los bandos ismaelitas,
que en intestina guerra
hicieron con terror temblar la tierra.

Cantemos al Señor, que el brazo fuerte
movió sobre el Islam, quebró el escudo
y la cerviz altiva,
que de España se erguía entre la muerte,
dobló con golpe rudo
y al Ibero entregó triste cautiva.
y la Caba, que al pié de bravo monte
largo tiempo gimió su amor impuro,
corrió al morisco muro,
donde la gloria de su pueblo brilla
y la faz enjugó de acerbo llanto
en la enseña brillante de Castilla.
cantemos al Señor que en su carrera
los siglos detendrá, llenos de flores,
sobre la tumba helada,
do reposan al fin de la jornada
los reyes vencedores,
cubiertos del laurel de la victoria,
durmiendo bajo el peso de la gloria.

F. J. C.

UN MAR SIN PUERTO

Novela original

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez

(CONTINUACION.)

—Ahora... ahora, yo no puedo responder de nada. V. la causa un terror espantoso y eso tal vez destruirá la obra de mi ciencia.

—No importa, murmuró Fausto, con acento duro y resuelto; no importa, sepa yo de ella donde están ocultas las riquezas que ansio, y luego me será indiferente que viva ó muera.

—Ah! ya veo que no me equivocaba, tiene V. fuerza de voluntad, resolución, oh! ese es el único medio de hacer fortuna, y cada vez doy mayores gracia á la suerte de que nos haya reunido á los dos.

Fausto se mordió los labios con impaciencia, comprendía que le iba á ser imposible librarse en adelante de su cómplice.

—Acabemos, murmuró: y si como V. dice, Elena puede escucharme, déjeme V. solo con ella y terminemos de una vez.

Dubois miró á Fausto de una manera indefinible, y una sonrisa irónica plegó sus finos labios un momento.

—Puede V. decirle cuanto guste, amigo mio, mi presencia no es un óbice para ello ¿qué secreto puede existir entre nosotros? además, acaso le será útil, acaso ella necesite de mí! por de pronto es menester que desaparezca ese sopor que la embarga todavía, y con el cual le entendería á V. á medias, aun su inteligencia está casi envuelta en el letargo que la dominaba, ya vé V. su postración.

—Entonces...

—Dentro de algunos momentos cesará por completo ese estado, solo con que beba algunos sorvos de una posion que yo conservo, y que voy á administrarle.

Y diciendo esto, Dubois depositó en un vaso la

medicina indicada, y la acercó á los labios de la enferma.

Ahora ya podrá soportar esa conferencia que V. desea. Aproveche los momentos.

Meran se adelantó, y llegando hasta la jóven, y sacudiendo su brazo.

—Elena, dijo, Elena, préstame atencion.

La desgraciada abrió los ojos, le miró con espanto, é hizo un movimiento como para huir.

—No, es inútil, añadió Fausto, es inútil, aquí estamos solos, no puedes salir, ni nadie vendrá á interponerse entre nosotros: en vano seria toda resistencia por tu parte, no tienes mas remedio que plegarte á mi voluntad.

La jóven llevó la mano á su frente como tratando de reunir sus recuerdos, luego sus labios se agitaron con un temblor convulsivo, y fijó en aquel hombre una mirada tan angustiosa como interrogadora.

—Si cedes á mis deseos nada temas, escucha, escucha bien, yo necesito saber lo que hace algunas horas ibas á revelar á un extraño, lo que hace mucho tiempo trato de adivinar en vano, el sitio donde Edmundo de Salvani escondió las riquezas de su familia antes de ser conducido á la prision.

El semblante de Elena se tiñó con un fugitivo color de purpura, y en sus pupilas, clavadas en Meran brilló un rayo de enojo ó de desden.

Sin duda veia clara y desnuda toda la infamia de aquel hombre.

El adivinó sin duda los pensamientos que cruzaban por la mente de la jóven, y murmuró.

—Si, puedes despreciarme cuanto quieras, puedes maldecirme á tu placer, pero esa fortuna será mia porque estoy dispuesto á todo por adquirirla.

La condesa se cubrió el rostro con angustia: aquél hombre la daba miedo.

—Me descubrirás ese secreto que tu sola posees, prosiguió Merán con furor, me lo descubrirás de grado ó por fuerza.

Aquél secreto era el porvenir de sus hijos, y Elena tuvo fuerza para mover la cabeza de una manera negativa.

—Yo sabré arrancártelo, añadió él con más enojo.

Las manos de Elena se dirigieron involuntariamente á su seno como para defender algo en él.

Fausto equivocó la intencion de aquél movimiento, pues gritó con voz en que la cólera temblaba.

—No es tu vida la que corre peligro, insensata, es la de tus hijos; es la de tus hijos cuyo asilo conozco, y que á estas horas estarán ya separados de Juana Daró, estarán ya en mi poder.

Un grito ahogado y doliente se escapó de los labios de Elena, que presa de una agitacion terrible desgarróse el vestido que la cubria y que no era

otro que su lujosa mortaja; y sin reparar en ello siquiera, buscó una y otra vez un objeto en su pecho.

Aquel objeto era el medallón de oro que le había sido arrancado la noche anterior en medio de su sueño de muerte, y aquel medallón encerraba el misterio que Fausto la exigía revelar.

Elena sintió una sacudida terrible en todo su ser.

Sin comprender la realidad de su situación, adivinó que estaba á merced de aquel hombre, y que aquel hombre era un misarable.

Recordó y quedó claro ante sus ojos que la había querido asesinar, y pensó que el que es capaz del asesinato lo es del robo sin duda también.

Quiso hablar, quiso protestar de aquella infamia, pero su garganta solo produjo sonidos inarticulados y angustiosos.

Un torrente de lágrimas inundó sus pálidas mejillas, y hubiera caído en una crisis nerviosa, si Dubois interponiéndose entre ella y su verdugo.

—Basta, dijo: ya vé V. que no puede contestar dejémosla por esta noche, mañana podrá entender mejor cuanto se la diga, y será más posible conseguir que ceda y que lo sepamos todo; venga V.

Y asiendo á Meran por el brazo le sacó fuera de la estancia, cerrando la puerta tras sí.

Una vez en la pieza inmediata, Fausto miró á una de las ventanas y dijo después de examinar el espacio.

—Ya empieza á amanecer.

—¿A qué hora es el funeral? preguntó el doctor con su acostumbrada sangre fría.

—A las doce; pero antes...

—Sí; ya sé que tiene V. que estar en el palacio de Maravel, donde su deber de deudo afligido le obliga á recibir á los amigos de la familia, y sobre todo á mostrarse cariñoso y solícito con el anciano conde.

—Todo eso es cierto, y aunque su estado no le permite recibir á nadie, quiero que crean todos que me afano por él.

—Oh! nada tema V.; los intervalos en que su cabeza está despejada, su parálisis le impide toda acción que no esté aprobada por V.

—Es que para facilitarlo todo, para evitar entorpecimientos yo quisiera...

—El qué?

—Si Margarita fuera instituida heredera universal...

—Piensa V. decirle que Elena ha muerto?

—Es indispensable para esto.

—Pues bien, ya sabe V. con lo que su inteligencia se despeja, ya sabe V....

—Sí, sí; esta noche dejará de tomar lo que...

—Entonces dentro de dos días estará en todo el

pleno goce de su razón, y podrá autorizar el documento que V. solicita.

—Así todo irá bien, y solo faltará que Elena...

—Cuando sepa que la creen muerta, que no tiene esperanza de salvación, ella revelará donde están esas riquezas y una vez terminado este asunto podremos separarnos en paz.

—Entre tanto...

—Entre tanto déjela V. tranquila; lo demás fuera empeorar su situación sin provecho alguno por nuestra parte.

—Es que si alguien pudiera penetrar...

—Es imposible! esta casa está demasiado aislada, y Dionisio es fiel; además, en todo caso no faltará otro asilo más apartado y más seguro donde llevarla; respondo de ello.

—Yo temo...

—Temor vano; quién puede sospechar lo que ha pasado? Oh! nadie!

—Y si el hombre que anoche nos seguía?...

—Juzgo que estaba bien muerto, y hoy mismo lo sabré.

—V.?

—En mi calidad de médico visito los hospitales todos los días, y como es posible que le hayan llevado á alguno ya herido, ya cadáver, nada más fácil que convencernos de la verdad.

—Es cierto: de ese modo...

—Convenga V. amigo mío, en que mi ciencia le es necesaria.

Fausto nada contestó.

A su pesar el doctor le dominaba.

—¿Le verá á V. esta tarde? preguntó luego.

—Quizá no: mi presencia puede ser precisa aquí y además debemos evitar que nos vean juntos; en todo caso, cuando las circunstancias lo requieran ya sé que puedo encontrarle...

—En mi pabellón, todas las noches y á las doce le esperaré.

Fausto bajó la escalera, y se dirigió á la puerta de la casa, donde Dionisio le esperaba subido en el pescante del carruaje que les había traído.

—A casa, y pronto; te detendrás en la esquina de la calleja que está á espaldas del palacio, junto á la tapia del jardín.

—Está bien, señor, contestó el criado solamente, dando después algunos latigazos á los caballos que partieron á escape.

Dubois vió alejarse á su cómplice sin que su rostro manifestase ninguno de los sentimientos que agitaban su corazón.

Cuando ya estuvo solo.

—Ah! se dijo, si yo lograra hacer hablar á esa mujer antes que él volviera! ¡quién sabe! de todos modos ella es hermosa, muy hermosa, y...

El doctor guardó silencio; una nube pasó por su rostro que se tornó pálido y sombrío.

—No, añadió ¿que importa la belleza de una mujer? ¿no era ella también hermosa? vamos, pensemos en la fortuna, en el oro! ya no hay amores en mi corazón, solo hay ambición, sed de oro, y la Condesa de Maravel me hará poderoso, ya que su destino es vivir muerta para el mundo.

Continuará.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

La última Noche.

La voz grave, borrosa y un tanto temblona del coronel del regimiento sonó en el silencioso espacio de aquella fría sala de cuartel, y dijo, arrastrando con pena las sílabas:

—El Consejo de guerra ha condenado por unanimidad, al reo á la pena de muerte.

Y estas palabras; *pena de muerte*, corrieron de extremo á extremo de la sala con el aleteo de un ave de mal agüero. El reo las oyó con una claridad terrible y bajó la cabeza; dos lágrimas corrieron desde sus ojos á las mejillas curtidas y se empaparon en los secos labios. El coronel le miró con profunda lástima, y se retorció los pábilos tiesos del bigote, como queriendo ocultar el hipo de la congoja en aras del rudo deber militar.

Las gentes que se apiñaban silenciosamente en el fondo de la sala empezaron á desfilár amontonándose en la angosta puerta de salida, haciendo telear los ladrillos del piso, y produciendo un rumor sordo que tenía no sé qué de solemne en aquel momento. Las que ganaban la calle se repartían á derecha é izquierda, dejando caer la noticia en los dinteles de las puertas y sobre los marcos de las ventanas bajas, haciéndola subir hasta los balcones con cierta entonación lastimera, y repartiéndola rápidamente por todas las calles de la pequeña villa.

Expriimiendo lo que decían aquellos papeles que había sobre la mesa del tribunal sentenciador, papeles escritos con mucha nota marginal y abundancia de firmas, con letras diversas, en las que se adivinaban manos nerviosas y poco hechas á primores caligráficos; de aquellos papeles, digo, se desprendía un hecho concreto y singularmente fatal.

El reo hacia su guardia, como sargento segundo del primer batallón, la noche de autos. Era reenganchado voluntario y le faltaban tres meses para cumplir. A pesar de hallarse frente al enemigo, y contra su deseo, le había seguido su mujer y con ella su hija, una niña de cuatro años con una carita sonrosada rodeada de un marco de blondos rizos. El sargento no tuvo valor para desprenderse de ellas, y, á costa de sacrificios, mantenía en la guarnición á la mujer y á la niña. Cuando llegaban de noche á la guardia de avanzadas y la niña pasaba de brazo en brazo de los soldados, como que se esparcía en el ahumado ambiente de la casamata una claridad en que había sociég y placidez que se compadecían mal con el guerrero aspecto de los fusiles, colocados en el armero en correcta formación.

La charla de la niña, como un chorro de notas cristalinas, se interrumpía bruscamente cuando en el exterior medroso y oscuro barbeaba las tapias el *alerta* sostenido de los centinelas, que corría de puesto en puesto como un reguero de ecos humanos... Aquella noche fatal se presentó en la avanzada un capitán recién llegado al regimiento y que hacia su primera ronda; el sargento, jefe de puesto salió á dar el parte, y mientras hablaba con el asistente del capitán entró éste en el cuerpo de guardia. Era el capitán aquel hombre de avinagrado gesto y bruscos modales y al ver una mujer dentro supuso lo peor, supuso que era una de esas desgraciadas que suelen seguir á los ejércitos y se pegan á ellos como el muérdago al árbol. Enarcó las cerdosas cejas, cogió de un brazo á la mujer y, empujándola hasta la puerta de mala manera, la dijo como en desagravio de lo que él creía ataque á la moral y la Ordenanza:

—¡Largo!

La fatalidad coloca con mucha anticipación las figuras en el ajedrez de la muerte, y resulta un juego que á los ojos humanos es solo casualidad funesta... La mujer del sargento tropezó en el dintel de la puerta, cayó la niña que llevaba en brazos, y dió con la frente en la piedra; un hilito de sangre manchó sus cabellos rubios. El sargento lo vió, y sin darse cuenta de ello, empujado por no se qué vértigo ciego, empuñó por el cañón la carabina, y dió con la culata un golpe en la cabeza del capitán, golpe que sonó de un modo horrible... El agredido cayó de espaldas, como el temporal deshecho; mirele el agresor un momento estúpidamente, y luego cogió á la mujer y á la niña. Sobrevino gente, soldados consternados, un corneta que empezó á tocar llamada, y un alférez que redujo á prision al sargento.

El capitán estaba muerto, el delito era hor-

rible y se hallaba el regimiento frente al enemigo... Para estas cosas son muy expeditivas las leyes penales militares. Se formó la causa rápidamente y se sentenció á los tres días, fijándose la ejecución para el amanecer del cuarto. Se habilitó para capilla una habitación trasera del cuartel, que recibía luz por una ventana colocada á unos dos metros del suelo, ventana guarnecida de dos barrotes de hierro en cruz... El cuarto era frío, como antesala de la muerte, y en los polvorosos rincones tegían silenciosamente las arañas.

Cuando el reo entró caía la tarde y huía la luz de aquella habitación, como si él la hubiera empujado delante de sí. Sentóse en el menguado banquillo de madera, y hundió la mirada, fija y triste, en aquellos rincones oscuros... Parecía que de entre la sombra quieta y misteriosa salía un eco grave y doloroso que le decía:

—¡MAÑANA!

Mañana es decir, dentro de ocho horas, cuando el sol se levantase entre nubes, derramando sobre los campos la savia vivificadora de su luz, llamando á la vida y al movimiento desde el hombre, ser perfecto en la escala animada; hasta el infusorio, ser rudimentario en el mundo infinitamente pequeño... mañana, cuando la creación se moviese en desesperos espléndidos y brotara sobre la superficie el himno de la naturaleza gratamente conmovida... mañana sin tarde, despertar sin sueño, jornada sin más allá conocido... todo esto salía de aquellos rincones negros en donde seguían tegiendo infatigables las arañas. El reo penetraba con los ojos del alma en un porvenir que para él estaba tan cerca, y veía su cadáver sobre el terruño, asido con las manos á la piedra como queriendo retener la vida que había huido, y junto al cadáver una mujer y una niña, la mujer llorando, y la niña llamándole, manchadas las manos pequeñas y regordetas en la sangre del muerto.

Esta pesadilla dará mucho tiempo. El reloj de la única iglesia parroquial de la villa dió las tres de la madrugada. ¡Con qué rapidez se venía la mañana. Casi eran gratas aquellas sombras y aquella quietud del cuartel! si la luz había de ser, como sería para él, mas sombría que las tinieblas de la habitación.

Sobre el altarito improvisado ardían dos velas de cera que medio alumbraban á un Crucifijo de talla facilitado por la parroquia. El Santo Cristo abría los brazos, marcándose en ellos la tirantez de la musculatura débil y trabajada, y elevaba al techo unos ojos tristes y apagados. El reo miró al crucificado y rezó, no precipitadamente, sino como quien quiere que se le oiga bien y atentamente.

De entre el absoluto silencio en que estaba sumida la solitaria calleja á que daba la ventana surgió un susurro débil, como si del mismo socio de la noche hubiese salido algo como el murmurio de una voz de mujer, que dijo:

—Andrés... ¿me oyes?

El reo adivinó, mejor que oyó, aquel dulce llamamiento que resbalando desde la ventana turbaba su soledad sin agitarla, como la brisa que mueve las hojas sin arrancarlas, y se sacudió de aquella su penosa obsesión. Se acercó á la ventana, que quedaba muy alta, trepó con trabajo agarrándose á las asperezas de la pared, y una vez arriba, miró ansiosamente á la oscura calleja.

—¿Eres tú, verdad? preguntó.

—Yo soy—contestó el mismo susurro blando.—He estado llorando tres días... ¡tres días y tres noches—añadió la voz borrosamente—y ahora he venido casi arrastrándome para que no me vean los centinelas... Me han dicho una cosa atroz, Andrés y yo no lo he creído. Me han dicho que... que... Pero han mentido, ¿verdad, Andrés? ¡Dime si han mentido!

A Andrés le dió un calofrío horrible y se quedó mudo; casi soltó la manos y cayó de espaldas. Sacó fuerzas de su debilidad, y dijo.

Continuará.

X.

Sección Doctrinal.

Explicación de los Mandamientos.

(CONTINUACION).

Un día hallábanse las niñas en uno de los salones de la casa de Adriana: esta enseñaba á Margarita algunos dijes y algunas joyas, que la aldeanita miraba con envidia y con deseo, comparando su suerte con la de su rica amiga.

Era ya el anochecer y la luz del día dejaba apenas vislumbrar los objetos, cuando una horrible gritería y un tumulto espantoso se dejó oír en derredor.

Las niñas se miraron asombradas y no pudieron moverse de allí, pues el terror clavaba sus pies en el suelo.

—¿Qué es esto? murmuró Margarita con un espanto indecible.

—¡Oh! respondió Adriana respirando apenas, vamos á preguntar á mi madre.

Pero en aquel instante, y á través de los cristales de la estancia, vieron el resplandor del incendio y el humo que envolvía la casa.

—Fuego! exclamaron las dos niñas con angustia, fuego.

Quisieron huir, correr en busca de socorro, pero escucharon á la puerta de la misma habitación en que se hallaban una voz bronca y destemplada y otras cien que la acompañaban gritando:

—Mueran los aristócratas, mueran los ricos!

—Oh! murmuró Adriana retrocediendo espantada, van á matarnos, son los sanculot de París.

Y sin darse cuenta de lo que hacían huyeron hasta un extremo de la estancia y se precipitaron por una puerta que conducía á las piezas interiores. Ya estaba casi oscuro y las dos niñas, huyendo siempre, corrían de un lado para el otro sin saber donde refugiarse.

La voz de la madre de Adriana se dejó oír clara y distinta pidiendo socorro: pero ay! nadie podía prestárselo porque los criados les habían abandonado des-pavoridos.

Margarita huyendo de un peligro que apenas conocía, y llevando siempre de la mano á su amiga, penetró en la habitación donde al parecer salían los gritos, pero un espectáculo horroroso la hizo retroceder, diciendo con rapidez á su compañera.

—No entres, no entres, vámonos de aquí!

El padre y la madre de Adriana se hallaban allí luchando con una turba desalmada que había atado sus manos y que les empujaban para obligarles á andar. La sangre salpicaba sus vestidos y manchaba el pavimento.

Margarita, por un instinto del alma, se dirigió á la alcoba de Adriana, cuya ventana, muy baja por aquel lado, caía al huerto de su casa.

Ya fuese que la Providencia las protegiera, ya que en la confusión general no se fijase ninguno en las dos niñas, estas llegaron junto á aquella ventana salvadora, y ambas, una en pos de otra, saltaron por ella, hallándose bien pronto en la casa de Margarita.

—Venid, venid, hijas mías, dijo la anciana abuela que lo había comprendido todo: venid y roguemos á Dios que nos proteja.

La turba que había incendiado la casa y que conducía á París, llevada de sus instintos feroces á los padres de Adriana, había entrado aquella tarde en la aldea con ánimo de llevar á cabo una venganza, arrancando de su asilo á aquellos que se habían refugiado allí.

Apenas la anciana había cerrado las puertas al ver entrar á las niñas, se oyó en la calle el rumor de muchas personas alborotando y dando terribles voces. Entre ellas y llevados á empujones, casi moribundos é insultados de todos iban los infelices nobles, y ricos ayer, cuya suerte tanto había codiciado Margarita.

—¿Y no llevamos á París mas que á estos viles aristócratas y á sus bienes? preguntó una voz ronca, al pasar por la puerta de Margarita.

—Y qué hemos de hacer? respondió otra tan brutal como la primera.

—Esas casas... si entráramos en ellas...

¿Y para qué? todas son pobres, y no merecen la pena

de que nos detengamos, retardando así el momento en que la guillotina haga su oficio.

Un gemido respondió á estas palabras. Adriana reconoció en él la voz de su madre.

La comitiva siguió adelante y el tropel de los pasos ahogó un ruido sordo que sonó dentro de la casa.

Era el cuerpo de Adriana al caer al suelo sin sentido.

Cuando la niña pudo darse otra vez cuenta de cuanto la rodeaba, habían pasado muchos días; pues el terror y la pena le produjeron una terrible fiebre que la tuvo postrada y sin conocimiento.

En aquel tiempo, el honrado trabajador padre de Margarita y la pobre abuela, habían prestado á la infeliz cuantos cuidados estuvieron en su mano.

En cuanto á su amiga, no se separó de su lado un solo instante.

—¿Y mis padres? fué la primera palabra de la enfermita al abrir los ojos, y verse entre sus protectores.

Nadie la respondió, y cómo decirle entonces que los autores de sus días habían muerto en la guillotina.

—¡Han muerto, han muerto, exclamó la pobre niña notando aquel silencio y recordando los últimos sucesos que había presenciado.

—Vamos, hija mía, dijo la anciana, valor, que Dios no la abandonará.

—¿Y mi casa?

—Incendiada y saqueada, respondió sombríamente el padre de Margarita.

—¿Y mis bienes?

—Confiscados, añadió con pena aquel hombre,

—Entonces... ¿qué va á ser de mí? murmuró la niña sollozando.

—Serás nuestra hija, la hermana de mi Margarita, dijo el honrado trabajador: serás nuestra hija, y Dios me dará fuerza para trabajar mucho y que nada te falte.

—¡Bendito sea V., padre mio, gritó Margarita arrojándose en los brazos de aquel hombre; bendito sea V., y bendito sea Dios que me ha dado un padre tan bueno.

—Oh! por qué los míos no eran también unos pobres labriegos! no les hubiera perdido, y sería tan feliz como tú.

—Ya ves Margarita, dijo la anciana en voz baja: ya ves como no se debe envidiar la suerte de nadie, pues á veces la riqueza y el fausto son causa de una desgracia eterna. Si quieres ser feliz, hija mía, feliz en este mundo y en el otro, al pensar en las cosas de la tierra mira siempre bajo, muy bajo: compárate al que es mas desgraciado que tú, y te juzgarás dichosa, y al pensar en las del cielo, fija la vista alta, muy alta, y compara tu pequeñez y tu miseria con la grandeza infinita de Dios; de Dios, que se nos puso por modelo y que quiere que le sigamos llevando cada uno su cruz, y sin codiciar jamás los bienes ajenos.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Imp. de «La Madre de Familia.» Darro 15.